

## EL NIÑO ALONSO QUIJANO

Las gallinas revoloteaban esparciendo el polvo a través de la luz que entraba por una de las ventanas del gallinero. Estaban asustadas ante el torbellino del niño Alonso Quijano. Como cada mañana, Alonso se escapaba del control de los adultos e iba a parar a ese lugar de la hacienda que para él cobraba tintes de inusual misterio. Jugaba a que esos escandalosos seres con plumas eran soldados de un batallón de infantería, poniéndole a cada gallina un nombre de guerra. Quijano veía en cada minuto un nuevo peligro al que él y sus gallinas debían de enfrentarse. Como un valiente capitán, alzaba su espada de madera y cargaba al ataque contra el imaginario enemigo. Era entonces cuando una orquesta de sonidos gallináceos empezaba a tocar. El fragor de la batalla era condimentado por esa música de jaula de grillos, haciéndola aún más anárquica. Pero, como todas las mañanas, su rígido padre notaba la ausencia de Alonso en la gran casa, pues en lugar de estar enfrascado, como un niño ya adolescente, en la noble ciencia del saber, Alonsito Quijano se escabullía de su deber, como bien podía, y dejaba escapar su imaginación entre las cuatro paredes del gallinero.

Entre tanto alboroto, el seco padre abrió, amenazante, la puerta del gallinero. Alonso, en ese mismo instante, lanzó su espada hacia la salida del mismo. La espada cruzó el aire, como una flecha envenenada, y fue a hincarse limpiamente delante de los pies del padre. El niño y su padre se

miraron fijamente. Una rígida arma los separaba. La cara de la espada que miraba hacia el niño reflejaba brillos de miedo ante la figura paterna, de un pánico amenazante, de un delirio persecutorio que le hacía ver constantes batallas en mansos mundos. La cara que miraba hacia el padre despedía luces de desequilibrio, de ruptura del orden establecido. A Alonso esta imagen le quedaría grabada toda su vida. Siempre se defendería de un peligro imaginario tan real como la temida figura de su progenitor.